

EL GETSEMANICENSE

MEMORIA DE BARRIO IMPRESA

Nº28 • CARTAGENA - COLOMBIA • ENERO - 2021
WWW.ELGETSEMANICENSE.COM

**ANTONIO
MIRANDA
MARTÍNEZ**

GETSEMANÍ DE IDA Y VUELTA

SOY GETSEMANI - PÁG. 2-3

**UNOS GEMELOS
DISCRETOS**

EDIFICIOS PUERTA DEL
SOL Y MORALES

MI PATRIMONIO - PÁG. 8-9





ANTONIO MIRANDA MARTÍNEZ: GETSEMANÍ DE IDA Y VUELTA



Fotografías
de portada y
de artículo:
Maxxi Pro

Antonio —de los Miranda de tradición en Getsemaní— la vida lo llevó afuera, lo trajo de nuevo y lo volvió a sacar. Pero él regresaba en las tardes, terco y paciente, a la plaza de la Trinidad de su infancia. Cuando parecía que el destino era quedarse en Los Corales, decidió retornar para vivir a la calle San Antonio. Aquí está lo suyo y aquí se va a quedar.

Nació en esa misma calle el 14 de abril de 1939, por la época en la que el parto era en la casa. Su mamá era Blanca Martínez, de familia santandereana. Su papá, Pedro Miranda, fue uno de los muchos getsemanicenses que se marchó a trabajar en el canal de Panamá. “Estábamos siempre al pie de mi mamá porque mi papá venía de Panamá, hacia su hijo, y se iba otra vez”, bromea Antonio.

Hablamos en un costado de la plaza de la Trinidad, una tarde ventosa de enero. Antonio es otro de los nativos de Getsemaní que

pasó años viviendo en otros barrios, pero regresando muchas tardes a esta esquina del mundo porque un invisible cordón umbilical los conecta a sus raíces. “Yo nací aquí y aquí me crié. Tengo el virus de ser getsemanicense”, dice riendo mientras todos alrededor, incluidos nosotros, usan tapabocas, intentando hacerle el quite a ese otro virus que desde hace un año tiene al mundo en suspenso.

Ocho hermanos Miranda Martínez se levantaron en este hogar getsemanicense. En su orden: Ana Victoria, quien murió hace dos años en Venezuela; Concepción, que vive en Manga; el propio Antonio; Lidia Inés, precursora del Cabildo de Getsemaní; Rafael; Josefina, quien reside en España con sus hijas; Pedro; y Amaury.

De ellos, solo tres quedan vivos. A los 82 años, Antonio ha tenido que despedir a mucha gente amada. En el barrio se recuerda

mucho a **Lidia Inés, la ‘Nena’**, quien hizo parte de la generación que ayudó a revivir el Cabildo. Hay fotos con ella en primera línea con Nilda Meléndez y tantos otros vecinos. Ella fue secretaria en el Seguro Social y en el Concejo de Cartagena. También era muy apegada a la parroquia de la Trinidad. Aprovechaba los contactos en aquella corporación municipal para conseguir ayudas para la gente del barrio y la parroquia, así como becas para algunos muchachos. Con sus amigas Dora y Ramona y una de las Venencia se ganaron el apodo de Las Juanas pues era casi infalible verlas juntas en la plaza al caer la tarde.

Otro hermano muy recordado es **Amaury**, que se graduó de abogado, pero se dedicó a la poesía. Es necesario rescatar y difundir su obra, que al decir de algunos vecinos era de gran calidad.

De niño, quizás hasta los tres o cuatro años lo llevaron todos los días a la Gota de Leche, una institución creada “por una señora de apellido Caballero”. Era una sala cuna que se construyó adosada al Reducto, al pie del puente Román. Allí les aseguraban una buena alimentación a los niños de hogares con menos posibilidades en el barrio. Esa Gota de Leche desapareció cuando empezaron a recuperarse las murallas y a liberarlas de construcciones que se les habían superpuesto. Algunos la vinculan con el Centro Materno Infantil que funcionó después en la que hoy es la sede del Dadis, en la calle de La Aguada.

Justo ahí, en la sede del Dadis funcionó también el colegio Francisco de Paula Santander, donde Antonio estudió su primaria. “Yo era muy aplicado desde los primeros años. Es que entonces había otra educación y más respeto. Si uno cometía una falta, cualquier vecino tenía autorización de corregirlo. Y cuando ese vecino iba a la casa, lo volvían a regañar a uno”. Recuerda haber estudiado con un hijo de Emigdio Morales, el dueño del almacén de repuestos La Puerta del Sol. Como los de su generación, también creció jugando en la calle brinca-brinca, la libertad, bolita de uña o bolita de trapo.

UNIFORMES BLANCOS // Para el bachillerato comenzó a salir del cascarón del barrio. Primero en el colegio Antonio Nariño y luego en el Liceo de Bolívar, al que ingresó el mismo año que lo fundaron en el cuartel del Fijo. El uniforme era de camisa y pantalón blancos con una corbata roja.

Por aquellos años entrenó y corrió los cien metros planos con Nando Gutiérrez, que fue campeón nacional en la década de los 50. También practicó algo de baloncesto en los campeonatos de Manga con el técnico cachaco ‘Farolito’ Gutiérrez. “Yo era de relleno”, dice. “Donde diga que yo era titular, aquí en el barrio me hacen el reclamo”. Recuerda que hay una línea de sus primos Miranda que han sido grandes deportistas, comenzando por el pelotero Elías Miranda.

Y de uniforme blanco siguió otros tres años de su vida. Se metió a la Armada cuando terminó el bachillerato. Estuvo en Puerto Leguizamó, Buenaventura y Tarapacá, en el Amazonas. “Allá fue bien duro. Tocaba almorzar con toldillo por la mosquitera tan brava. Estábamos pendientes de una colonia de presos”.

Lo que aprendió de máquinas le sirvió de base para lo que luego fue una vida de trabajo itinerante. Pero antes de seguir con eso, hay que hacer una nueva parada en la calle San Antonio. Frente a la casa de la familia vivían los Herazo, una familia de origen barranquillero y ascendencia chocoana. Antonio y Sixta Tulia, una de las niñas de la casa, se conocieron y se fueron encariñando. Las familias no gustaban de aquello, pero las cosas se fueron dando. “Y cuando menos me di cuenta nos estábamos casando”.

Llegaron los años 70 y Antonio arrancó para Venezuela, donde vivía Ana Victoria, la mayor. Era la época de la bonanza venezolana, cuando comenzó el éxodo de cuatro millones de colombianos buscando oportunidades, entre ellos varios getsemanicenses. Allí se enganchó con la Cervecería Polar, que es un emporio industrial. Empezó en los cargos más bajos, pero empezó a ascender pronto hasta llegar a ser jefe en su área, que tenía que ver con maquinaria. Lo movieron mucho, de planta en planta en distintas ciudades del país. Se veía la plata. “Imagínese, con cien bolos yo hacía mercado

para quince días y sobraba”.

Pero regresó cuando mejor estaba, con trabajo garantizado para muchos años. Al terminar un contrato dejaban pasar un mes para engancharlo en el siguiente. Era una rutina administrativa. Hasta que eso coincidió con unas fiestas de Noviembre, acá en el barrio. Antonio se dijo: -Ya no vuelvo-. Así de simple.

“OYE, TOÑO” // Y, de nuevo, a la calle que lleva su nombre. A la casa de los suegros que al principio de la relación no lo querían. Le empezaron a salir contratos de trabajo. Uno que recuerda mucho fue en El Cerrejón, en la Guajira. Cada quince día venía por un fin de semana. “Aplicamos a un lote en El Campestre y salieron sorteados”, recuerda. Ese fue el motivo para salir del barrio por segunda vez. Y así fueron pasando los años. Distintos trabajos establecieron aquí en la ciudad, hasta que llegó el de Monómeros, donde se jubiló.

En uno de esos trabajos, en la firma KMA, le correspondió supervisar la reforma completa de la plaza de la Trinidad, esa de la que ahora es habitual. “Oye, Toño, como tu conoces el barrio te vamos a mandar para allá, me dijeron. En el diseño original esto iba a tener unas palmeras y una fuente luminosa, pero el presidente de la Junta de Acción Comunal se opuso”, recuerda.

Mientras él seguía trabajando, sus hijos estaban creciendo y tomando su propio vuelo. Habían crecido con él y con Sixta Tulia en Venezuela, Blas de Lezo y la casa del Campestre. Hoy, Antonio Carlos vive en Bogotá. De ese lado le han salido ocho nietos, tres bisnietos y un cuarto que viene en camino. Su hija Claudia Patricia le dio un nieto que hoy está por los veinticinco años. Ella hizo vida en Alemania, donde se enamoró y está casada con un ingeniero mecánico. Sixta Tulia, su esposa, murió hace algunos años.

VIAJE A LA SEMILLA // Con los ires y venires que tiene la vida, hace algunos años se vio viviendo con su nieto mayor en la casa del Campestre. “Esto está muy grande y solo. Yo me voy para Getsemaní”, se dijo. Lo regaló todo y se vino a vivir con Dilia Inés en la casa de un hermano. Otra vez el barrio y sus aires conocidos. “Pero se muere la Nena y quedamos en el aire”. Los sobrinos le pidieron la casa para venderla. Otra vez al Campestre, con una compañera que tenía entonces.

Pero el barrio le daba vueltas en la cabeza y no encontraba cómodo, hasta que hace menos de un año decidió regresar definitivamente. “Encontré una pieza muy cómoda donde Rafael Pérez, en la calle San Antonio”, dice. Un retorno a la calle que tantas veces los vio ir y venir. Le quedan unos primos en San Juan y Callejón Angosto. Y los amigos de antes y los nuevos, con quienes se saluda mientras seguimos hablando al lado de la campaña de bronce del lado de la calle del Pozo. Se enorgullece de ser uno de los vecinos nativos de más edad, junto a personas como Agustín Julio o Francisco Salgado. Y siente que todavía tiene cómo aportar.

Ahora quiere apostarle al liderazgo cívico. “Aquí hay mucha desidia”, dice y no está conforme con los liderazgos que ve. En El Campestre ayudó algo en ese sentido. Hace poco estuvo hablando con Pacaribe para intentar una limpieza de focos de basura que se esperaba para la semana que hablamos. Más o menos a la edad que tiene Antonio y después de una vida muy itinerante, como la suya, el inmenso fotógrafo cartagenero Nereo López, uno de los grandes maestros de ese arte en Colombia, decidió irse a Nueva York para inventarse una nueva vida. Y lo logró: hizo nuevos proyectos y libros. Antonio trae a la mente una energía similar. Salvo que, en lugar de irse, está regresando a su semilla. 🌱

Y los amigos de antes y los nuevos, con quienes se saluda mientras seguimos hablando al lado de la campaña de bronce del lado de la calle del Pozo. Se enorgullece de ser uno de los vecinos nativos de más edad, junto a personas como Agustín Julio o Francisco Salgado. Y siente que todavía tiene cómo aportar.

LA MILAGROSA:

LA ESCUELA QUE SE CRECIÓ

El comienzo es simple. Corría 1944 y el barrio hervía de gente: el mercado, las nacientes empresas, los talleres de madera, herrería y artesanía, el puerto... en pocas palabras: aquí había empleo y futuro.

Cartagena era entonces la capital del gran Bolívar, que ocupaba una extensión similar a la de Costa Rica, y casi todos los recién llegados tenían aquí algún familiar o un conocido. Se trataba de una barriada popular, con servicios deficientes, calles sin asfaltar y un cúmulo de necesidades bastante lejanas del barrio actual. Abundaban los pasajes y las accesorias, las familias grandes y una inmensa comunidad de niños por atender.

En ese contexto el Círculo de Obreros de San Pedro Claver (COSPC) fundó ese año la **Escuela del Santísimo**, la predecesora directa de La Milagrosa, en la casa del Espíritu Santo donde hoy funciona una de sus sedes.

El COSPC había sido creado un par de años antes por el padre jesuita Aureliano Bustos, a semejanza del Círculo de Obreros de San Francisco Javier, que funcionaba en Bogotá desde 1911. Recibió el apoyo de familias prestantes de Cartagena, según recuerda Florencio Sánchez, que veían en esa nueva organización una manera de encauzar su filantropía en la ciudad. Focalizó su acción en Getsemaní por el contexto mencionado arriba.

Algunos años después la escuela fue llevada al claustro de San Francisco. El Mercado Público quedaba cruzando la calle. Había sido usado para funciones muy disímiles desde la Independencia: casa de beneficencia, fábrica de sombreros o asilo de mendigos, entre muchos otros. Hay registro de que hacia 1940 la junta del Asilo de Ancianos vendió “lo que quedaba del antiguo convento (...) para levantar en su solar un edificio moderno para fábrica o cualquier otro uso”. La escuela del Santísimo creció, pues, en un inmueble ruinoso y eso pareció marcar uno de sus rasgos permanentes: una lucha sin fin para tener unas instalaciones adecuadas.

En 1946 se declaró al claustro franciscano como Monumento Histórico y Colonial y se prohibió “realizar en él demoliciones, construcciones o reformas de todo género, mientras el gobierno toma las medidas necesarias para incorporarlo al patrimonio nacional”. En 1947 una nueva ley le ordenó a la Nación adquirir el Claustro y la iglesia de San Francisco para cederlos al Círculo de Obreros.

LO ESTATAL Y LO FILANTRÓPICO // “En 1950, la escuela fue reconocida oficialmente mediante el decreto 71 y entregada a las Hermanas Vicentinas, quienes le dieron el nombre **Escuela de niñas de La Milagrosa** y la orientaron hasta 1965”, según documentos formales de la institución.

En aquellos años había una relación intrincada de la que se han perdido los detalles pero que implicaba al municipio (Cartagena solo sería Distrito desde 1991), a la filantropía de algunas familias,

uestra insignia pedagógica nació como una escuela de primaria para atender a las niñas del barrio y a las hijas de quienes trabajaban en el Mercado Público. Era una entre varias opciones que había en Getsemaní. Pero por diversas razones se fue quedando sola. Desde entonces se mantiene como una de las mejores instituciones públicas de la ciudad; luchando por mantener su legado y preservar el patrimonio; en medio de dificultades que se supondría ya superadas.

a la comunidad vicentina y las dos organizaciones de origen jesuita: el COSPC -de origen cartagenero- y la Fundación Social -de alcance nacional-, que en sus respectivas y variables dinámicas institucionales fueron alternando y comple-

mentando su apoyo a La Milagrosa.

En 1960 La Milagrosa fue trasladada a su actual sede principal, en la calle del Espíritu Santo. En 1964 se abrió en el claustro franciscano el **Apostolado de la Máquina**, fundado por Ana María Vélez de Trujillo, con el apoyo decidido del Círculo de Obreros y familias prestantes de la ciudad. Era el bachillerato natural para las niñas egresadas de La Milagrosa. Allí se les daban clases de secretariado, modistería o repostería. Visto ahora puede parecer anacrónico o anticuado pero en aquella época era todo lo contrario: la mujer colombiana estaba entrando de manera masiva al mundo del trabajo y había que proveerle formación y herramientas. Contribuir en esa revolucionaria transformación social estaba en la mentalidad jesuita de la época.

En 1965 el manejo pedagógico pasó de nuevo al Círculo de Obreros, aunque formalmente fuera una escuela municipal. Ese esquema fue relativamente común en aquella época en diversas ciudades del país. Había profesores nombrados y pagados por el Distrito y profesores nombrados y pagados por el Círculo de Obreros. Entre ellos la rectora Bonna Cecilia González, quien estuvo unos veinte años al frente de La Milagrosa y dejó una huella indeleble por su liderazgo y capacidad de gestión.

Esta doble dinámica entre lo estatal y lo filantrópico marcó la primera época y perduró, aunque en cierto declive, hasta finales del siglo pasado. Había programas y proyectos más allá de las horas escolares, en los que la comunidad se implicaba. Por ejemplo, en la década de los 80 los sábados y domingos se preparaban a adultos para presentar la validación del bachillerato, a través de un examen del ICFES. A los vecinos del barrio se sumaban otros estudiantes de la ciudad y poblaciones cercanas en las que el Círculo de Obreros tenía influencia. “De ahí graduamos varias generaciones de bachilleres”, recuerda **Florencio Ferrer**, quien por años formó parte del Comité Directivo de la escuela.

NUEVOS TIEMPOS // En 1994, cuando Raúl Paniagua llegó a la dirección del Círculo de Obreros y la Fundación Social en Cartagena (ambos cargos estaban fusionados), el distrito tenía más injerencia en la planta de personal.

“Para ese año el Círculo de Obreros tenía en su nómina unos seis o siete docentes que venían vinculados con la escuela quizás desde los años 60. Los docentes querían al Círculo y había una estrecha relación. Era una forma de conservar para la escuela unos perfiles pedagógicos, unos afectos profundos y contribuir con la calidad que se le reconocía, hasta que cada uno de ellos se fue pensionando”, rememora Raúl. “Cuando se retiró la profesora Cecilia,

Fotografía interior de la sede principal de la escuela: Sergio Acuña



La Milagrosa tiene muy buenos indicadores de calidad educativa y una población educativa pequeña en relación con otras instituciones de la ciudad. Por tener un personal docente muy comprometido ha logrado posicionarse en el top de las instituciones educativas públicas con mejores resultados en pruebas Saber. Eso ha generado muchas peticiones de matrícula de personas que viven cerca.

la Secretaría de Educación puso por primera vez a la rectora”, explica. Recuerda que se pagaban unos bonos a mitad y fin de año, se ayudaba en algo con el mantenimiento y se hacían otras acciones puntuales en favor de la escuela.

En esa época el Círculo le dedicó mucha atención a la formación docente. Como la Universidad Javeriana también es de origen jesuita, pudo gestionar la visita de un sinnúmero de figuras intelectuales como Adela Cortina, Fernando Savater, Marc Augé, el epistemólogo Renato Ortiz y una pléyade de expertos nacionales en pedagogía y ciencias sociales. En los talleres o conferencias que ellos daban siempre había profesores y personal de La Milagrosa. La profesora **Mirna Calvo** recuerda lo importante que fueron esos procesos de formación, en particular, los encuentros con otros profesores cercano al Círculo en ciudades como Bogotá, Medellín o Neiva.

Pero las agendas y las dinámicas de las tres instituciones se distanciaban poco a poco. La escuela entraba cada vez más en la órbita del Distrito y en 1999 se abrió la sección de bachillerato, lo que supuso un cambio profundo. El COSPC, por su parte, había ampliado su acción en otros barrios y poblaciones de la región. La Fundación Social también se había ampliado hacia otras zonas

más vulnerables de una Cartagena que no hacía sino crecer. Desde hace algunos años, bajo el nombre de Grupo Fundación Social, desarrolla sus programas en la Comuna 6, que abarca a Olaya Herrera y otros sectores. Getsemaní seguía transformándose y ya no era aquel barrio de 1944 donde empezó todo.

UNA ESCUELA PATRIMONIAL // El profesor Germán Gónima Pinto tomó posesión del cargo cuando en el horizonte asomaba la llegada del Covid 19 con su secuela directa: el cierre físico de la escuela y el paso a una educación virtual que ha afectado a todo el mundo. Venía de dirigir la Institución Educativa Luis Carlos Lopez, de 1.500 alumnos, en Blas de Lezo. Ahora lo motiva tener que liderar el futuro de una institución con setenta y seis años de historia a cuestas.

“La Milagrosa tiene muy buenos indicadores de calidad educativa y una población educativa pequeña en relación con otras instituciones de la ciudad. Por tener un personal docente muy comprometido ha logrado posicionarse en el top de las instituciones educativas públicas con mejores resultados en pruebas Saber. Eso ha generado muchas peticiones de matrícula de personas que viven cerca. Tiene un muy buen clima escolar y mucho compromiso de su comunidad educativa”, comienza contándonos mientras tomamos un café en el barrio antes de proseguir su agenda de reuniones.

Está muy entusiasmado con impulsar el proceso para que La Milagrosa se convierta en una **Institución Educativa Patrimonial**. “Cada vez que nuestros estudiantes van a clase -aunque de momento sea virtual- recorren más de quinientos años de patrimonio! Es el único sitio en el país donde eso sucede. Pero también es conocido para todos que Getsemaní corre el peligro de que le suceda lo mismo que a San Diego, por donde caminas y encuentras un barrio solo; sin su gente; donde el cartagenero no



Fotografías de fachadas: Maxxi Pro

está vibrando. Ahí confirmas que no todo es patrimonio material -que es muy valioso- pero que hay otro componente inmaterial que sí se vive en Getsemaní pero que se está perdiendo”.

Por razones como esa, La Milagrosa fue una de las ocho instituciones que postuló la Vida de Barrio de Getsemaní a la Lista de Patrimonio Inmaterial de la Nación. “Hemos tomado la decisión de mirar cómo pensamos con todos los profesores en un Proyecto Educativo Institucional (PEI) de carácter patrimonial. Los wayúu tienen colegios étnicos, los palenqueros también. ¿Y nosotros?. Nuestro actual PEI habla de la contextualización. Tú te emocionas cuando lo lees porque desde hace años La Milagrosa se dijo: —Yo estoy en un territorio, rodeada de una historia, en un entramado cultural fuerte, en unas calles históricas, con unos dichos, unos bailes y una cultura muy específica, caribeña, muy propia—. Queremos trascender ese primer capítulo y expresarlo en el currículo. Preguntarle al profesor de historia, ciencias o matemáticas: usted tiene este patrimonio ¿cómo lo va a defender?”.

Pero esa visión de futuro hay que acompañarla con las realidades del día a día. En particular el tema locativo, que nunca ha dejado de ser una preocupación. Ahora funciona en dos sedes separadas por un predio entre ambas. Una es propia; la otra es una sede que el Círculo de Obreros le arrienda al Distrito, lo que genera algunos tropezones. En general le hace falta espacio para todo lo que requiere un colegio contemporáneo y una mejor capacidad locativa. Se trata de construcciones antiguas, con pocas adaptaciones, en las que los alumnos están un poco apretados.

Jaime de la Cruz, director del Círculo de Obreros, señala que para su organización “es imprescindible que La Milagrosa siga ejerciendo su acción en beneficio de los niños y jóvenes de Getsemaní”. “En nuestra razón de ser está contribuir para que esto siga siendo así”, nos dice y explica que el arriendo que se le cobra al Distrito se invierte en el mantenimiento de la misma sede. Una opción que está sobre la mesa es que el Distrito compre la casa, lo que facilitaría cualquier plan futuro para invertir y adecuarla mucho mejor, que es una de las necesidades más evidentes que se tienen.

De los más de quinientos alumnos actuales de La Milagrosa, unos cien son de Getsemaní. En ellos y el grupo de profesores y administrativos particularmente comprometidos; en el Distrito; en las instituciones amigas -que no son pocas-, y en la comunidad del barrio está la inmensa responsabilidad de sostener esta institución llamada a permanecer en Getsemaní y seguir siendo una luz, como lo ha sido, para muchas otras escuelas y colegios de la ciudad. 🌟

MUCHO MÁS QUE CLASES

La Milagrosa se ha distinguido siempre por ser mucho más que una suma de aulas, alumnos, profesores y horarios de clase. La lista de proyectos y programas en que ha estado involucrada es muy larga, con instituciones como el Ministerio de Cultura, la UNESCO, la Organización de Estados Americanos, entre otras. Ha tenido profesores y directivos muy comprometidos con ir más allá del tablero. Ahora, como explica el rector Gónima, instituciones como el Museo del Oro, la Escuela-Taller o la Sociedad de Mejoras Públicas han tendido su mano para hacer iniciativas con La Milagrosa.

Una de las más queridas es haber constituido y mantenido tras veintiocho años el **Cabildo Estudiantil**, en articulación con Gimani Cultural. Fue el primero de la ciudad y replicado en distintas instituciones con gran éxito. “Mediante nuestro Cabildo se ha recuperado y restaurado la memoria festiva de la Independencia de Cartagena en nuestros estudiantes y la comunidad getsemanicense. Nuestros muchachos se convierten en actores del jolgorio público desde una propuesta artística con componentes pedagógicos”, describe la profesora Mirna Calvo, nativa del barrio y líderesa de ese proceso.

En el colegio también hay orgullo por la **Biblioteca Pedro Blas Julio Romero**, el gran poeta getsemanicense, abierta en 2019. “Ese año, en vista de que los niños no tenían un buen espacio de consulta, porque el lugar donde quedaba la biblioteca había perdido su función, con la profesora Carmen Patricia Paternina, del Programa Todos a Aprender, decidimos reconvertir ese espacio. Era muy pequeño, pero se adecuó con lo que había para que fuera un lugar de lectura. El 6 de junio se reinauguró la biblioteca, con invitados como el propio Pedro Blas -que estuvo muy contento y orgulloso- y autoridades del distrito. En 2020 no hubo mayor asistencia física por la pandemia de Covid 19, así que logramos cambiar la biblioteca a un lugar más amplio donde funciona actualmente”, nos explica la profesora Martha Viloria. Entidades como Centro de Formación de la Cooperación Española en Cartagena o el Ministerio de Educación han apoyado a esta iniciativa.

Una antecesora fue una biblioteca de cerca de mil ejemplares sobre educación y temas conexos que donaron Raúl Paniagua y Rosita Díaz; que por varios años, bajo la rectoría de la profesora Cecilia González, estuvo abierta al público.

DE ‘SEÑO’ A PROFESORAS

La Milagrosa ha sido el espacio de muchas profesoras memorables; comenzando por Bonna Cecilia González, la rectora de tantos años. Antes del actual rector estuvo al frente la profesora Primitiva Padilla Barrios, entre 2016 y 2020.

Hoy enseñan allí cuatro mujeres getsemanicenses: la profesora Mirna Calvo -gran impulsora del Cabildo estudiantil; y las profesoras Idalia Castilla, Emilce Rossi y Maura Ruiz. Más adelante, ellas tendrán un artículo propio, que rinda homenaje a su aporte al barrio.

Junto a ellas el legado de La Milagrosa pasa por profesoras memorables y casi innumerables tras más de setenta años de gestión, como Yasmina Coquel que a su labor en las aulas sumaba la minuciosa preparación anual de los niños y niñas para la Primera Comunión. María Luján, quien hizo toda la primaria en La Milagrosa, recordaba en un chat de Facebook. “a la ‘seño’ Carmen; la seño Marina, la seño Jacobina”. De aquella época en el claustro franciscano la también ex alumna Mariela Montero, recordaba “a la ‘seño’ Aydee Torres”. Por su parte, Daliz Del Socorro Osorio, “a sor Elena, la monja vicentina que ejerció la rectoría”.

COLEGIOS Y ESCUELAS INOLVIDABLES

Getsemaní se distinguió durante casi todo el siglo pasado por el alto nivel educativo de muchos de sus habitantes. Había una cultura fuerte de la educación como patrimonio de los padres para los hijos. De aquí salieron innumerables y prestigiosos profesionales en todas las ramas del saber. A eso ayudaba que el barrio era sede de varios y muy buenos colegios en primaria y bachillerato. Lamentablemente cerraron sus puertas o se trasladaron, dejando a La Milagrosa como la única institución del barrio para educación básica.

Colegio Biffi -Religioso. Fue fundado por la congregación de Hermanas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora, la comunidad de la madre Bernarda Büttler. Las catorce hermanas pioneras y la madre Bernarda llegaron en 1895 y se instalaron en la Obra Pía, en la calle de la Media Luna, invitadas por monseñor Eugenio Biffi, el obispo de la época.

El colegio abrió en 1898 en la plaza Fernández Madrid, donde hoy funciona la Alianza Colombo Francesa, pero se mudó varias veces en sus primeros años. En su historia señala que comenzaron con unas cien niñas, que por vocación de la madre Bernarda debían ser de escasos recursos. Hay referencias de que funcionó luego en el predio donde hoy está la Escuela-Taller. También operó un tiempo en el claustro franciscano de Getsemaní, pues allí se refugiaron las misioneras en los tiempos de la Guerra de los Mil Días, cuando el gobierno ocupó su sede en la Obra Pía, para acomodar a militares.

Las misioneras retornaron a vivir en la Obra Pía en 1903, una vez terminada la guerra. Un par de años después el colegio se instaló allí de manera permanente hasta 1953 cuando se trasladaron a la sede actual, que no estaba terminada del todo y cuyos terrenos habían comprado en 1948. En la Obra Pía -con el colegio en funciones- murió en 1924 la madre Bernarda, canonizada por la iglesia católica en 2008. Quienes estudiaron ahí, como Gladys Ambrad, recuerdan que también tenía una entrada por la calle de la Magdalena, que aún existe. El gran cronista Rafael Ballestas Morales recordaba que eran famosas las misas en La Trinidad, los domingos

a las ocho de la mañana “con la asistencia plena de las bellas alumnas del colegio Biffi vigiladas por las Madre Felipa”.

Liceo Nacional Femenino -Público. En los recuerdos de vecinos y antiguos estudiantes se mezcla indistintamente a la Universidad Femenina, al Liceo Nacional Femenino y la actual Institución Educativa Soledad Acosta de Samper. Las une un vínculo estrecho, pero formalmente son tres instituciones distintas a la manera de abuela, madre e hija.

La primera fue la popularmente llamada ‘Universidad Femenina’, creada por el gobierno departamental en 1946 y abierta en 1947. Su nombre formal era Colegio Mayor de Cultura Femenina de Bolívar y respondía a una iniciativa del gobierno nacional para crear centros de estudios para mujeres en varias ciudades del país. Las escuelas —aún no eran carreras ni técnicas ni universitarias— respondían a lo que entonces se consideraba aptas para el género femenino. En Cartagena las primeras fueron Comercio, Promoción Social, y Delineante de Arquitectura. Pasando los años se convirtió en el actual Colegio Mayor de Bolívar.

De aquel Colegio Mayor surgió en 1948 o 1949 -según las fuentes- el Liceo de Bachillerato, ubicado en la Obra Pía, pero la gente lo asoció a la ‘Universidad Femenina’ y el nombre popular se le quedó. En 1963 este se separó de su institución madre y recibió el nombre de Liceo Nacional Femenino Soledad Acosta de Samper. Tuvo y mantiene un alto nivel entre los colegios públicos. Tanto que estudiar allí se consideraba un pasaporte para acceder a la Universidad de Cartagena con su exigente examen de admisión. Luego sería trasladado a otro sector de la ciudad. Hacia 2002 se le dio carácter mixto y se le fusionó con otros colegios públicos para convertirse en la actual Institución Educativa Soledad Acosta de Samper.

Instituto Politécnico Apostolado de la Máquina -Privado, con vocación social. Fundado en 1964 por Ana María Vélez de Trujillo (1921-2008), tras conversaciones con el obispo de la época y señoras de la alta sociedad cartagenera. Quedaba en el claustro de San Francisco en los tiempos en que allí funcionaba la escuela La Milagrosa. Además del componente académico regular daban talleres de modistería, bordados, repostería y otros.

Instituto Ana María Vélez de Trujillo -Público. Fue la evolución del Apostolado de la Máquina. Era de bachillerato y el complemento para quien salía de primaria de La Milagrosa. También operó en el claustro de San Francisco. Fue trasladado a Santa Rita en los años 70, en un lote donado por el Círculo de Obreros, y ahora hace parte de la red pública de educación en Cartagena.

Escuela de Varones Lácides Segovia -Pública. Ocupaba el predio donde hoy sesiona el Concejo de Cartagena, en la calle Larga. Funcionó en las décadas de los 60 y 70, primero en doble jornada (los alumnos iban a almorzar y regresaban en la tarde) y luego en jornada continua. “Su rectora era Olga Loheste, y sus hermanas Consuelo, profesora de cuarto año de primaria, y Lucila en segundo año. Ella murió años después, ya mayor,

cuando iba saliendo de misa de la iglesia de San Pedro Claver y le cayó en la cabeza el martillo de la campana. Otras maestras que recuerdo son Josefina Troconis y Victoria Bustamante, que bastante regla me dió cuando no me sabía la lección”, recuerda **Jesús Taborda**.

Florencio Ferrer recuerda que el Lácides cerró después del traslado del Mercado Público. Después en ese predio hubo alguna sede sindical, que luego quedó en un relativo abandono hasta que fue remodelado para convertirse en la sede del Concejo.

Escuela Mercedes Abrego -Pública. Quedaba en la calle de Guerrero, donde hoy funciona la Escuela-Taller. A principios del siglo XX era atendido por las Hermanas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora. Profesoras como Olga Hurtado y Yasmina Coquel pasaron por sus aulas, así como varias generaciones de getsemanicenses.

Escuela Antonia Santos -Pública. Nació a principios del siglo XX y también era atendida por las Hermanas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora.

Colegio Camilo Torres -Privado. Funcionó en varios sitios, pero la sede que más se recuerda es la de la calle de Carretero. Fue fundado en 1946 por el profesor Fortunato Escandón, hijo a su vez del reputadísimo doctor Escandón. Primero funcionó en la casa donde quedaba el Sindicato de Choferes, en la calle del Espíritu Santo, luego en la de los loteros, hasta que lo llevó a la sede de Carretero. De ahí lo trasladó en los años 90 a Torices, donde cerró definitivamente.

Colegio Central -Privado. Funcionó en la calle de la Magdalena, en la parte trasera de la Obra Pía y luego en una casa vecina de la calle de la Magdalena. Antes había operado en varios predios en el Centro, de donde se mudaron para Getsemaní. Tenía fama de acoger a estudiantes salidos de otros colegios y tener un modesto nivel académico.

Escuelas de banquito -Privadas, con vocación social. Una historia como esta estaría incompleta sin mencionar las **escuelas de banquito** como las de la ‘**seño’ Mati** en el Espíritu Santo o la ‘**seño’ Silvia**, en el callejón Angosto, donde aprendieron hasta las generaciones que hoy están por los veinte o treinta años. Allí se aprendía principalmente a leer y escribir y las operaciones básicas. Luego se presentaba examen de clasificación para el ingreso a las escuelas públicas. Aunque el escalón habitual era pasar a primero, no eran pocos los que eran promovidos de una vez a segundo o hasta tercero de primaria.

¿Cuando se perdió esta riqueza de instituciones en el barrio? Florencio Ferrer menciona al menos dos elementos. El primero es la salida del Mercado Público hacia Bazurto (1978) que se llevó el enorme flujo de familias que gravitaban alrededor suyo. El segundo, en paralelo, fue el paulatino proceso de descentralización de la educación en Cartagena, que se dio por las décadas de los 70 y 80. Este reorganizó el sistema educativo de la ciudad, que estaba creciendo a pasos agigantados, sacando colegios del Centro y alrededores a zonas más periféricas. 🌟



UNOS GEMELOS DISCRETOS

EDIFICIOS PUERTA DEL SOL Y MORALES HERMANOS

Dos pequeños edificios de Getsemaní tuvieron el mismo cordón umbilical desde la Colonia. Hace un siglo fueron separados; luego unidos como siameses que compartían órganos; separados de nuevo en las últimas décadas. Ahora estarán juntos, como fue su vocación original. Como Aureliano y José Arcadio en *Cien Años de Soledad*, hasta terminaron con los nombres trastocados.

Comencemos por aclarar algo, para no perdernos. El edificio que muchos vecinos y quienes vivieron allí llaman Puerta del Sol -de cinco pisos, donde funciona Quiebracanto- en los registros oficiales se llama Morales Hermanos. Y viceversa: el de tres pisos, al lado, en los documentos oficiales se llama Puerta del Sol. En este artículo los llamaremos según la costumbre popular.

El lote donde hoy están los dos edificios aparece como uno solo, con un patio pequeño, en planos de la época colonial y dos casas de un piso, como todas las vecinas que miraban a lo que hoy es el Parque Centenario y que entonces era un gran playón que daba sobre el caño de San Anastasio. Pero esta casa tenía algo especial. “Es como la proa de un barco que apunta hacia la boca del Puente -donde hoy queda la torre del reloj-. Era un lote llamado a ser un hito urbano porque ahí se armaba una especie de ‘Y’ para quien venía desde el Centro. Si tomaba a la derecha, llegaría al convento de San Francisco y al playón del Arsenal, con toda su actividad de reparación de barcos. Si tomaba a la izquierda llegaba a la única salida a tierra firme y que luego fue la puerta fortificada de la Media Luna”, explica el arquitecto restaurador Ricardo Sánchez, del proyecto San Francisco.

En efecto, justo donde quedaba La Caponera, el edificio Puerta del Sol hace un leve giro que no se alcanza a percibir como una esquina, pero que está ahí, marcando el comienzo de la calle de la Media Luna.

En la medida en que esa calle ganaba potencia comercial ese predio seguramente también lo hizo. En esa dinámica debieron conformarse las dos casas altas que, por los usos de la época, pueden imaginarse como pulperías (comercios) en el primer piso y en el segundo piso, ‘corrales’ -el equivalente a los posteriores inquilinatos-, según el también arquitecto restaurador Rodolfo Ulloa,



Representación artística. José Joaquín Gómez / Rodríguez Valencia Arquitectos

quien investigó sobre estos predios.

A la salida de la Colonia, el edificio de la izquierda, para quien mira desde el camellón de los Mártires, era el más alto, con tres pisos. Según la clasificación normativa de 1990 se le denomina como un inmueble “de dos altos con acceso lateral”. Hacia 1910 hay fotos en las que aparecen igualados en altura, ambos de tres pisos. La nueva edificación era bastante sencilla, pero tenía una gran virtud. “El maestro de obra o arquitecto -si lo hubo- tuvo el buen sentido de mantener el ritmo arquitectónico de llenos y vacíos de su vecino, con ventanas a la antigua y sus respectivas distancias. Es como si no hubieran pensado tanto en sí mismos, como ocurre ahora, sino en la ciudad”, explica Sánchez.

Hasta hace un siglo aunque figuraban como edificios independientes, el lote seguía siendo uno, según lo atestigua el plano de Pearson and Sons, publicado en 1915 y de una precisión difícil de conseguir aún hoy. Ambos remataban en tejados casi planos, que se distinguían de sus vecinos, que tenían techos a dos aguas. Este nuevo edificio respondía a la enorme dinámica que atrajo el Mercado Público, abierto en 1905. De ahí en adelante hubo innumerables divisiones e intervenciones para ajustarlos a cada nueva actividad comercial. Parece que en alguna época los primeros pisos de ambos edificios

conformaban un solo espacio comercial.

Para mediados de los años 60 se desmontó casi por completo el edificio Puerta del Sol. Hay una foto en la que su “gemelo” se ve casi intacto, con la novedad de que su techo había pasado a ser de dos aguas. En cambio, Puerta del Sol era un cascarón sin techo, con los muros desnudos y apenas los huecos de puertas y ventanas. No sería raro que hubieran tenido que retirar todas las maderas pues solía ocurrir que el comején hiciera de las suyas. Luego aparece otra foto, quizás de 1967, con andamios y en construcción. En esa época fue cuando se subió a los cinco pisos que hoy conocemos.

Este edificio tiene una particularidad muy sutil. En Cartagena, por una tradición ancestral heredada desde la Colonia las vigas que soportan los balcones (llamadas *canes*) rematan en figuras con nombres muy particulares: pecho de paloma o boca de tigre, por ejemplo. Los que soportan el balcón de Quiebracanto y los del tercer piso terminan en un corte recto, como se hace en otras partes del Caribe hispánico, así que quizás el diseño o construcción pudo haber sido de un cubano o un portorriqueño.

Sin embargo, las técnicas y materiales que se usaron para esa nueva construcción tampoco garantizaron mayor calidad. Unas cuatro décadas después, a comienzos de este siglo, el edificio

lucía muy avejentado en sus pisos superiores, con muchas y gruesas goteras y, en general, un estado de vetustez impropio de un edificio tan ‘joven’, si se le compara con tanta edificación colonial que soportó el abandono y mal mantenimiento de varios siglos.

JOSÉ ARCADIO Y AURELIANO // Pero ¿de dónde viene el traspapele con los nombres? Dos antiguos habitantes allí lo recuerdan inequívocamente como Puerta del Sol y nunca lo escucharon mencionar como Edificio Morales. Uno de ellos recuerda un sol labrado en la puerta de metal de la entrada. Había una placa de piedra caliza que decía algo como ‘Edificio Altos de Puerta del Sol’. Muy posiblemente de finales del año 77 o año 78 -a juzgar por un afiche de la campaña presidencial de entonces- aparece una fotografía con un cartelón a lo ancho del edificio, en donde hoy está Quiebracanto, con las palabras La Puerta del Sol.

Aquí aparecen en este relato el recordado Emigdio Morales Puello y su hermano Ubaldo. Se sabe que el comercio Puerta del Sol fue fundado originalmente por “Antonio y Rafael Paterina Portacio, dedicado inicialmente al comercio de víveres y abarrotes, quienes lo transfirieron años después a los hermanos Morales Puello”, según el gran cronista Rafael Ballestas. Hay

Mantener la fachada reconocida en la ciudad y, al mismo tiempo, rehacer el interior para su nuevo uso hotelero fue un reto de ingeniería y diseño.



Fotografías: Cartagena de Indias. 1969. Harrison Forman Collection American Geographical Society Library, University of Wisconsin-Milwaukee Libraries American Geographical Society Library Digital Photo Archive-South America

indicios de que a la entrada de la torre del Reloj se le llamaba también ‘Puerta del Sol’ y quizás a eso aludía el nombre del local, que quedaba justo al frente, atravesando el camellón de los Mártires.

Emigdio puso allí un almacén de repuestos de automóviles, de los pocos que había en la ciudad a mediados de siglo. Su hermano Ubaldo abrió otro a la vuelta, llamado El Faro, en la esquina interna que formaban el edificio del actual hotel Monterrey y el antiguo Teatro Cartagena.

Antonio de Aguas recuerda que Emigdio hacía parte de un club de caza que se reunía con frecuencia en el patio conectado directamente con el local de repuestos. Allí departía con miembros de algunas prestantes familias cartageneras y seguramente planeaban sus siguientes salidas. Entonces se cazaban animales como venados y patos ‘torniquetes’, que en su migración desde Canadá hacían parada en cercanías a La Boquilla.

Después de que cerrara el almacén de repuestos y de la muerte del patriarca —que subdividió las propiedades entre sus hijos— ambos edificios tuvieron muy diversos ocupantes. En el Morales Hermanos se recuerda en las últimas décadas un hotel bastante precario en el segundo piso y abajo, un bar de aspecto decadente. Hay quienes recuerdan que funcionó Transportes Kalamary y la farmacia Villareal. Miguel Caballero recuerda haberse subido con el bonche de amigos al tejado de este edificio para ver películas en los viejos teatros.

En el Puerta del Sol vivieron familias entre los pisos tercero y quinto. En el segundo piso se turnaron negocios de peluquería, apuestas y un bar, hasta cuando quedó sin mayor uso y lo estaban arrendando como bodegas porque no tenían instalaciones de ningún tipo. En esas estaba cuando en 1993 llegó Quiebracanto, el decano de los bares de salsa en el Centro. Abajo llegó La Caponera en el año 2000, con un éxito inmediato. Este bar se trasladó en 2019 una cuadra más arriba, hacia el Centro de Convenciones, también con buena clientela, hasta que llegó la pandemia por Covid 19.

LA SALSA SE QUEDA // Ambos edificios forman parte del complejo hotelero que actualmente construye el Proyecto San Francisco. Tienen como vecino al Club Cartagena, que será la entrada principal del hotel y está siendo restaurado minuciosamente desde el subsuelo hasta la cubierta.

“Esta esquina es muy importante y representativa para la memoria urbana de la ciudad.

Vamos a dejarla tal cual existe, mejorada y potenciada. Le corresponde una restauración tipológica, que implica mantener la fachada, los espacios donde van puertas y ventanas y las cubiertas, así como preservar los muros coloniales”, explica Laura Acevedo, directora de diseño de todo el proyecto hotelero.

Quién regrese a la ciudad tras diez o veinte años no debería notar mayor diferencia al observar la calle, salvo la sorpresa de Quiebracanto. El tradicional sitio salsero ocupará el frente de ambos edificios en el primer piso, con acceso directo desde la calle y tendrá más área que en su actual locación en el segundo piso del Puerta del Sol.

El Club Cartagena se comunicará con estos dos edificios -que funcionarán como una unidad arquitectónica- por la parte trasera del Morales Hermanos. Por ahí se llegará al patio, restaurado con las dimensiones que tenía en la colonia cuando era un solo predio.

Del segundo piso hacia arriba serán ubicadas diez suites del hotel. Lograrlo ha sido un reto mayúsculo. Para comenzar, se trata de dos edificios pequeños y de poco fondo, a cuya área hay que restarle el patio. Además había que ubicar los dos ascensores, cuyas ‘cajas’ restan otro espacio más. La altura de los entresijos es de máximo dos metros con cuarenta y cinco centímetros, lo que no dejaba espacio para ocultar tras un cielo raso -como se estila en los edificios modernos- los ductos de ventilación y por donde pasan las tuberías de electricidad, agua, sistemas contra incendio y de comunicaciones.

Y si todo ello no fuera lo suficientemente complejo, había más. En la construcción de hoteles alrededor del mundo es una práctica regular ubicar las áreas de servicios en pisos o sótanos debajo de las habitaciones, para facilitar el tránsito del personal del hotel, que usualmente requiere de un ascensor propio. Además los dos edificios tenían los pisos a diferentes alturas. Y había que integrarlos al resto del conjunto hotelero pues no podían quedar como un ala aislada.

Laura Acevedo remata el listado de retos con el mayor de todos: los muros de primer y segundo piso son de conservación arquitectónica pues son legado de la época colonial, pero ya no tenían la capacidad de carga requerida para soportar el resto de la edificación, las normas de sismoresistencia ni las exigencias de los nuevos tiempos.

El conjunto de decisiones finales incluyó, entre otros aspectos: construir ductos verticales para ascensores y las tuberías de servicios; una nueva estructura interna en metal para soportar el edificio por encima del segundo piso; reemplazar todo el maderamem existente, y adecuar la parte operativa para el servicios a las habitaciones pase por la terraza del Club Cartagena. Esto es, realizar un complejo proyecto de muchos componentes para mantener la fachada como la conoce la ciudad y operar por dentro como una estructura nueva y preparada para muchos años. La vista desde la ciudad hacia esta calle y desde esas habitaciones hacia la ciudad, en una esquina tan estratégica, hará que todo el esfuerzo haya valido la pena. 🏡

EL REDUCTO: PROTECTOR DE CARTAGENA

Al final de la calle del Arsenal y al comienzo del puente Román hay una construcción defensiva que ahora se ve apacible y muy apropiada para fotos al atardecer. Pero en la Colonia fue una respetable estructura militar y el bastión para defender a la ciudad por la entrada de la bahía interior.

Tuvo al menos tres nombres: baluarte de San Pablo o de San Lorenzo y al final le quedó la denominación de El Reducto, que le dio Francisco de Murga, bajo cuyo gobierno y dirección se hicieron las obras, a cargo de Cristóbal de Roda y que se dieron al servicio en **1631**.

La denominación que tuvo como baluarte es imprecisa. “Un reducto es la más sencilla de las fortificaciones cerradas, una de las primeras en defender y de las últimas en abandonar. Por eso, resultaba estratégicamente clave a pesar de tener una escala más pequeña”, define el arquitecto restaurador Rodolfo Ulloa Vergara.

La isla de San Francisco, como se le llamaba en aquel entonces a Getsemaní, fue poblada muy rápido. Estaba por fuera de la ciudad fundacional. Incluso en algún momento se pensó en despoblarla y dejarla en descampado para hacer una mejor defensa, pero ya había mucha gente y economía funcionando allí. Además por uno de sus extremos pasaba el único camino que conectaba a la ciudad por tierra firme. Si caía Getsemaní, caía Cartagena. Si caía Cartagena se ponía el riesgo esta parte del imperio español. Resultaba imprescindible fortificar el arrabal e integrarlo al sistema amurallado. La primera pieza fue la puerta de la Media Luna y muy poco tiempo después surgió El Reducto.

“Era la piedra angular de la defensa de Getsemaní”, explica Ulloa: un vértice o punta del sistema defensivo del barrio y, por ende, de la ciudad. De un lado quedaba el Pedregal y del otro, el Arsenal. Al comienzo estuvo solo, pero para **1633** tenía adosado un lienzo de muralla que lo conectaba con el baluarte de Santa Isabel, cuyos cimientos están enterrados entre el Centro de Convenciones y el Reducto. Había otro tramo de muralla entre Santa Isabel y el baluarte de Barahona, sobre el que tres siglos después se edificaría el antiguo Mercado Público y, posteriormente, el Centro de Convenciones.

En pocas décadas se conectó al Reducto con el baluarte de San José, por el costado del Pedregal, mediante lienzo de muralla de unos siete metros de altura, a los que se les empezó a hacer un terraplén: esa superficie elevada por la que podían circular los soldados, como aún se ve hoy en el baluarte de San José. Para 1669 esa esquina de Getsemaní quedó totalmente cerrada y presta para combatir cuando fuera el caso.

Pero al Reducto no se le erigió solamente con el propósito militar de hacer par con San Felipe de Boquerón, la estructura militar previa al fuerte de San Sebastián del Pastelillo, en la isla de Manga. Con el baluarte de San José, por su parte, debía defender el otro lado, vulnerable desde San Felipe. El segundo propósito era intentar algún control sobre el contrabando, que era una parte significativa de la vida económica de toda la ciudad.

El Reducto tenía una rampa que subía por el flanco de la muralla del Arsenal y servía para subir cañones y pertrechos pesados. Al llegar a la parte superior se encontraba con una casa maciza en cal y canto, que funcionó como alojamiento de la tropa y a la que con el tiempo se le hicieron diversas reformas, hasta convertirlo

en un tendal. Frente a esta, la explanada donde estaban montados los cañones de defensa, en sus respectivas troneras. Abajo

se construyó una bóveda a prueba de bombas. Luego, al lado, se le anexó una edificación, hoy desaparecida, como depósito de municiones o Santa Bárbara, como le llamaban entonces. Era similar a una que se ve hoy en el Pastelillo de Manga, a las afueras del Club de Pesca y que es un sitio predilecto para ver la bahía al atardecer.

En la esquina que forman el Baluarte y el puente Román se formaba un ángulo, que todavía existe, protegido e invisible desde una embarcación enemiga que surcara la bahía. Ahí se organizó una puerta que servía de comunicación con el Pastelillo, pues hay que recordar que Manga era entonces una isla deshabitada provista de una exuberante vegetación. Por esa puerta se le enviaba alimentación y en caso de ataque podía ser evacuados los heridos. Si caía el Pastelillo los últimos defensores podían remar hasta el Reducto, desembarcar en un minúsculo muelle y entrar por esa puerta escondida de los ojos enemigos.

En **1697**, como en varias otras ocasiones, fue necesario entrar en batalla. Desde el 28 de abril y por dos días, la flota comandada por el barón de Pointis, bombardeó la ciudad. Desde el Reducto fue hundido uno de los buques lanzabombas de la flota atacante.

Entre ataques, deterioro y falta de mantenimiento el Reducto tenía constantes necesidades. Como todo el sistema amurallado, tuvo un sinfín de intervenciones y cambios a lo largo de dos siglos. Para **1716** el ingeniero Juan de Herrera y Sotomayor le reportaba al virrey que:

“El Baluarte de San Lorenzo (vulgarmente llamado El Reduto) se halla con parte de sus parapetos arruinados y demolidos sus alojamientos de forma que no ai a donde alojarse la guardia y su terraplén algo descompuesto (...) están todos los parapetos defectuosos, tanto por su forma (curva) como por su materia, ésta por ser de piedra que ayuda más presto a la ruína que a la defensa pues los pedazos que saltan hacen más daños que las mismas balas”.

En **1735** se consignó que la disciplina estaba tan mal que un mismo guardia podía pasar dos o tres meses en una misma garita, que de noche usaba como sitio para dormir. En **1741** se vivió uno de los eventos en los que el Reducto mostró para qué estaba hecho. Las tropas del almirante Edward Vernón habían capturado al Galicia, una de las seis embarcaciones de defensa que tenía la ciudad. El bombardeo desde el Reducto y el Pastelillo fue tan feroz que la potencia de fuego arrinconó al Galicia contra la otra orilla, en la actual Bocagrande.

En **1805**, pocos años antes de la Independencia Manuel de Anguiano describió que el Reducto tenía “5 cañones de 24 (libras) de los cuales uno es de bronce, 2 de 16 (libras) y 2 de 12 (libras) todos de fierro”. En **1815** el patriota Manuel Marcelino Nuñez, como comandante a cargo del Reducto, Santa Isabel y San José, aguantó el embate de las tropas españolas de Pablo Morillo hasta cuando, con la plaza caída, ayudó a que la Junta de Gobierno huyera por la puerta del Reducto mencionada antes.



Fotografías:
Sergio Acuña

Los vientos soplaron a favor de los patriotas seis años después, en la Noche de San Juan (**1821**) cuando la toma heroica de José Prudencio Padilla y sus hombres comenzó por el frente del Arsenal, aprovechando los cambios de guardia y la oscuridad de la noche. De manera furtiva se tomaron el Reducto y los baluartes de Santa Isabel y Barahona. Eso implicó capturarlo a los españoles los bongos y las embarcaciones rápidas que tenían en los bajos de esas murallas, dejándolos sin capacidad de huir.

Durante la reconquista los españoles reforzaron el Baluarte, previendo una embestida patriota. Tanto que en un plano hecho en **1823** por el general Luis Perú de Lacroix, cercano a Simón Bolívar, precisó la ubicación de 15 cañones, el doble de los que había en 1805,

Para comienzos del siglo XX, el Reducto volvió a su origen, aislado como estuvo al comienzo y como lo vemos ahora. La modernización de la ciudad se imponía por encima del patrimonio histórico. Las murallas se veían como algo que favorecía la suciedad y las enfermedades. En **1902** fueron demolidos los tramos del lado del Arsenal, para edificar el Mercado Público y luego, el actual Centro de Convenciones. También, en **1905**, se demolió un tramo de muralla para construir el primer puente Román, que comunicaba con la isla de Manga.

En la primera mitad del siglo XX se le adosó una construcción nueva: la Gota de Leche. Era una iniciativa surgida en Francia y luego seguida por España, en la que se le daba buena alimentación a niños de escasos recursos para combatir las altas tasas de desnutrición y mortalidad infantil. Esa edificación le fue retirada al Baluarte cuando se empezó a liberar las murallas

Para comienzos del siglo XX, el Reducto volvió a su origen, aislado como estuvo al comienzo y como lo vemos ahora. La modernización de la ciudad se imponía por encima del patrimonio histórico. Las murallas se veían como algo que favorecía la suciedad y las enfermedades. En **1902** fueron demolidos los tramos del lado del Arsenal, para edificar el Mercado Público y luego, el actual Centro de Convenciones.

de todos los inmuebles e incluso barrios, que se le habían ido recostando con los años.

El baluarte quedó a su aire hasta cuando le instalaron la estatua de la Virgen del Carmen en **1958**. Retirada en **1983**, habrá quien recuerde que por algún tiempo funcionó allí un barcito bohemio al que se llegaba por una escalera que se zarandeaba con cualquier viento. A comienzos de este siglo se le hizo una intervención de fondo para adecuarlo a nuevos usos, que tiene hasta hoy, como bar y restaurante al aire libre. A esa intervención le fue otorgada una mención de honor en la XX Bial de Arquitectura de **2006**. Los autores fueron el propio Ulloa, cuya investigación sobre el Reducto ha sido la fuente fundamental para este artículo, y los arquitectos Andres Hennessy y Miguel A. Bayona. ✦

LA VIRGEN EN EL REDUCTO

Algo que no se tiene muy presente ahora es que la Virgen del Carmen que ahora está en la Bahía primero estuvo emplazada por muchos años en el Reducto. Fue inaugurada el 16 de julio de 1958 por una procesión que salió desde la Catedral hasta el último rincón del Arsenal. La historia había comenzado mucho antes, en 1946, por iniciativa del célebre padre Rafael García Herreros, creador de *El Minuto de Dios*, quien imaginó una colosal como la Estatua de la Libertad, en Nueva York, emergiendo de la bruma marina.

Se instituyó una junta pro-monumento para volver realidad la visión del padre García Herreros, que con frecuencia la mencionaba en sus espacios de prédica, escuchados en todo el país. “Para avivar la solidaridad de los cartageneros en el proyecto, se emprendió la publicación del periodiquito *El Faro del Carmen* y se distribuyeron alcancias en el mercado de Getsemaní y en muchos almacenes de la ciudad. Eran cajoncitos de madera y urnas de vidrio en las que se depositaban las ofrendas que debían contabilizarse semana tras semana”, describe una memoria de la arquidiócesis de Cartagena. La sola estatua, hecha en Italia, terminó costando veintidós mil dólares de la época, sin contar los trabajos de la base.

Esta virgen tutelar quedó mirando hacia el barrio, no hacia la bahía. Permaneció en el Reducto por 25 años, hasta el 16 de julio de 1983, cuando fue emplazada en su ubicación actual en medio de la bahía, previas tareas de pilotaje y el pedestal para soportar sus treinta toneladas de peso y quince metros de altura.





CENSOS EN GETSEMANÍ

NUESTRA HISTORIA EN CIFRAS

Hay tanto de nuestra historia que creemos haber perdido para siempre! Pero una buena parte está todavía sepultada entre infinitos archivos antiguos, a falta de manos, ojos y mentes preparadas para llegar a ellos, interpretarlos y darles contexto.

En distintos archivos de España, Bogotá, Lima y la propia Cartagena, hay registros oficiales de todo tipo que permiten cruzar datos: informes, peticiones o litigios que abundan en información valiosa. Entre todos esos documentos los censos y los mapas resultan vitales como primera pieza para entender de dónde venimos, explicarnos como sociedad y, en particular, como barrio. La nuestra era una ciudad estratégica en la defensa de los intereses de la Corona en América. Por eso hubo abundante documentación oficial, memorias de viajeros y nativos. Abundan los mapas porque su defensa militar era clave. Con ellos, los censos y conteos de población que entre otras cosas permitan saber cuántas personas contaban para empuñar un arma a la hora de defender la ciudad de los ataques de corsarios, piratas, filibusteros y flotas extranjeras.

CONTEOS, CÁLCULOS Y CENSOS // No todos eran censos o padrones formales, ni tenían la complejidad estadística de los que se hicieron desde el siglo XX. Pero sí permiten tener una idea de la evolución de los números. Más allá del dato puntual de habitantes, son una mina de datos que pueden ser cruzados con otras informaciones para darle nueva luz a lo que sabemos de nuestro pasado.

“Muchos suelen ser cálculos y cifras globales que hacían algunos personajes de la época, que luego se han repetido sin contrastar, pero no censos formales como el de 1777”, nos explica el historiador y profesor de la Universidad de Cartagena Sergio Paolo Solano. “En algunas épocas contabilizaron solamente a los ‘vecinos’, que eran las cabezas de familia y la categoría política básica, como decir hoy ciudadano. Ese rango les otorgaba una serie de privilegios frente a los que no lo eran. Después de eso, calcular el número de personas que estaban bajo su dependencia es posible desde la demografía, pero especulativo”.

Durante los primeros dos siglos los conteos de lo que hoy llamamos genéricamente el Centro, se hacían por cuatro barrios distintos: Santa Catalina, Santo Toribio, La Merced y San Sebastián. El quinto barrio era el de la Santísima Trinidad ó Getsemaní, que mantuvo desde el inicio su unidad: la isla era el arrabal donde vivía una buena parte de las clases más populares.

“Los historiadores han dejado por fuera a la gente que vivía en los alrededores o en la bahía

interior. Pero muchos de ellos servían en la milicia o trabajaban en las ladrilleras y canteras que aprovisionaban a la ciudad, tanto para el aparato defensivo como para la construcción de inmuebles privados. Era gente ligada a la ciudad y en momentos de asedio se ubicaban en las fortificaciones de la bahía”, ahonda el profesor Solano, quien opina que en los nuevos estudios debería sumarse esa población a los conteos.

Por razones defensivas no se podía construir en los sectores aledaños por fuera de las murallas, pues allí se podría parapetar un ejército invasor. Sectores como Pie de la Popa o Papayal estaban descampados. El conteo, entonces, se hacía murallas adentro. Registramos aquí los años en que distintos autores hacen referencia a que hubo algún tipo de conteo o de censo, aunque no hayan señalado las cifras resultantes. Van hasta comienzos del siglo pasado porque los censos posteriores hablan de una ciudad con muchos más barrios y que supera de manera definitiva las murallas y sus sectores aledaños.

Conteos o censos en Cartagena
(Hasta el siglo XIX)

Año	Habitantes
1565	1.000
1630	6.000
1684	7.341
1708	4.556
1717	—
1768/69	—
1772	11.379
1777	13.690
1787	—
1798	—
1805	—
1810	25.000
1835	11.929
1843	10.145
1851	9.896
1855	—
1863	12.350
1871	8.603
1875	—
1881	9.491
1905	9.681
1912	36.632

Estos datos muestran apenas una **tendencia general**. No todos los conteos seguían las mismas reglas o perseguían iguales objetivos. El de 1777 sí documentó sexo, edad, ocupación o grupo racial, según se consideraba en aquella época. Hay caídas abruptas de población, como la ocurrida tras el cerco de Morillo, en 1815, o la crisis generalizada de la ciudad, avanzando el siglo XVIII. Pero también aumentos, como cuando empiezan a registrarse los barrios más allá de las murallas que explica el notable salto entre 1905 y 1912.

1777 // El 30 de abril de ese año el gobernador recibió la orden real de empadronar a la población. En Cartagena la tarea se hizo en cuestión de semanas. El 9 de julio Mariano Joseph Valverde -regidor interino de la ciudad y comisario del barrio- firmó el padrón del barrio. Entonces se le nombraba más como La Trinidad, porque los barrios solían equivaler a las parroquias. Era el barrio más poblado de los cinco.

Barrio	Habitantes
Getsemaní	4.072
S. Catalina	3.236
S. Toribio	3.163
La Merced	1.611
S. Sebastián	1.608
Total	13.690

En la Cartagena de entonces **había más mujeres que hombres**: 1,18 por cada hombre. En cifras absolutas, 1.128 mujeres más. Las razones de este desbalance no son sencillas y varían si se trataba de esclavos o de ‘libres’; si se mira desde la óptica racial, por edades o por barrio. Parte de la explicación es que quizás más hombres jóvenes debían salir fuera de la ciudad a buscar trabajo y más mujeres del campo venían a la ciudad para ocupaciones tradicionalmente asociadas al sexo femenino.

En el censo de Getsemaní no se recogió información racial, como sí se hizo en otros barrios, según unas fuentes. Otros estudiosos opinan que los datos sí están pero hay que saber entre-sacarlos. Es un asunto que requiere más investigación. Como es sabido, en aquella época había una complejísima clasificación a partir del color de piel, que se usaba como criterio fundamental para la organización social. Hoy se ha superado ese enfoque, en el entendido de que la humana es una sola raza. Se usa aquí porque era estructural y parte de la vida social en la Colonia.

En ese apartado la ciudad “estaba compuesta por tres grandes grupos (y un minúsculo grupo indígena que participaba con el 0,6%): el mayoritario era el de los mulatos y mestizos, con el 35%, luego seguían los negros, tanto libres como esclavos, con el 33,2% y, finalmente, los blancos con el 31,2%”, según las mismas fuentes. Ahora bien, ellos también explican lo difícil que es trazar líneas exactas sobre el tema de color de piel: el grupo de los blancos podían bien incluir

muchos mestizos cuyo color de piel se asimilaba, por lo que no eran un grupo homogéneo de españoles niveos y caucásicos.

El 18,9% de la población de Cartagena era esclava. En proporción: uno de cada cinco habitantes de la ciudad lo era. Sin embargo, en el resumen del censo de Getsemaní aparecen como tales, apenas 202 de sus 4.072 habitantes. Esto es: **cuatro esclavos por cada cien habitantes del barrio**. Una desproporción enorme. Una primera explicación, entre varias, apuntaría a que por ley los esclavos debían vivir en el mismo predio que sus dueños. Por ello en los barrios del Centro, donde vivía la gente más prestante, había proporcionalmente muchos más esclavos. Getsemaní era la barriada popular donde el mestizaje -con una base negra preponderante- se había dado muy temprano.

Una pista de esa calidad más igualitaria del barrio está en el uso del don o doña como expresión de respeto o distinción social, sin llegar a ser un título de nobleza. “En Getsemaní solo el 1,5% de la población tenía el título de ‘don’”. Esto corrobora lo que siempre se ha dicho acerca de Getsemaní: que era el barrio de los sectores populares. En contraste, en el barrio San Sebastián, el 27,2% de las personas eran consideradas como don o doña. En el barrio Santo Toribio vivían 238 libres, el 7,4% de la población del barrio, que fueron distinguidos con el título de don o doña”, según el libro *Tres siglos de demografía en Cartagena*, una de las fuentes fundamentales de este artículo.

1835 // En el Centro se contaban dos parroquias, en lugar de las cuatro de la Colonia: La Catedral y Santo Toribio. Getsemaní seguía siendo mencionado como La Trinidad.

Los investigadores destacan que “El hecho de que el de La Catedral fuera el vecindario de la elite se refleja en los censos en varias cosas. Por ejemplo, en el porcentaje de esclavos que habitaban allí en el censo de 1835 (9,3%). Esto se compara con un 4,1% de esclavos en Santo Toribio y 1,6% en La Trinidad. Este último fue desde la época colonial el barrio de las clases populares. En La Catedral los eclesiásticos eran el 1,1% de la población, en Santo Toribio el 0,6% y en La Trinidad el 0,2%”, según el mismo libro.

Y la disparidad de sexos seguía creciendo. La Catedral era la más equilibrada, con nueve hombres por cada diez mujeres. Pero en Getsemaní era de seis hombres por cada diez mujeres y en Santo Toribio era aún más desigual: un hombre por cada dos mujeres.

1875 // Tras la Independencia, Cartagena había entrado en una espiral decadente: ya no era la ciudad estratégica del imperio español sino una ciudad de provincia con un pasado heroico pero sin mayores recursos.

Al parecer los hombres emigraban muy jóvenes. En el rango de entre quince y cincuenta años —es decir, la edad reproductiva— la proporción era de dos por cada hombre, aproximadamente. El significado social -a falta de más reflexión e investigación- implica pensar en matriarcados fuertes, hombres con varias mujeres o madresolterismo. Incluso formas de vecindad, que entre

las mujeres suelen ser más solidarias, o rasgos como la crianza colectiva.

De ese censo no se han encontrado las planillas de Getsemaní, pero sí de La Catedral y parte de las de Santo Toribio. De ahí se derivan algunos datos interesantes. Por ejemplo: de los cien extranjeros registrados, veintiséis eran cubanos y veintiuno, de Inglaterra. Francia, Holanda e Italia tenían diez ciudadanos cada uno. De Oriente Medio no había uno solo, cosa que cambiaría muy pronto con la llegada de la colonia sirio-libanesa, que fue tan importante para la economía, el incesante mestizaje y la cultura de nuestro barrio.

Quien más pagó impuestos en Cartagena en 1875 fue Federico Romero, nieto de Pedro Romero, el prócer mulato y vecino getsemanicense. Sus labores como importador y comerciante al por menor le aportaron al fisco 385 pesos. Era soltero y no vivía en Getsemaní sino en La Catedral (casa 285). Al morir sería uno de los hombres más ricos de la ciudad, con una fortuna que equivalía a tener como propias dieciocho de las mejores casas de la ciudad. La descendencia de Pedro Romero llega hasta nuestros días y hace parte de la élite económica y social de la ciudad.

Los comerciantes aportaron el 62,6% de los impuestos de ese año. En cambio, los artesanos -que históricamente fueron tan importantes en Getsemaní- aportaron apenas el 8,5%. De la milicia y las labores de defensa, que en la Colonia fueron la mayor fuente de empleo, no hubo rastro. Los profesionales (médicos, ingenieros y abogados) solo contribuyeron con el 1,8% de los impuestos y los fabricantes, con el 4,4%. Todo un retrato de una ciudad que cambiaría dramáticamente en las siguientes décadas.

PARA SABER MÁS: Hay más fuentes bibliográficas sobre este tema, pero para quien quiera profundizar recomendamos estas dos.

- *Tres siglos de demografía en Cartagena*. María Aguilera Díaz y Adolfo Meisel Roca. Banco de la República, 2009. En las páginas 140 y 141 hay una excelente bibliografía para seguir explorando.
- *El censo de Cartagena de Indias en 1777*. José A. Blanco Barros. Cuadernos de Geografía Vol III No 1. 1991. Disponible en internet. Enfoca el análisis en Santo Toribio. Señala que del Censo de 1777 quedó “una copia facsimilar de dos volúmenes depositada en la biblioteca departamental Bartolomé Calvo”. Menciona también los años del siglo XIX en los que hubo algún tipo de censo o conteo, sin dar siempre las cifras resultantes.



CALLE DE LA MAGDALENA

Sobre esta calle ha gravitado la presencia de la Obra Pía, construida entre 1640 y 1650, que ocupa buena parte de la manzana y cuyo frente da a la calle de la Media Luna. Su ampliación, en 1791, incluyó una cuna para expósitos (bebés abandonados) en la parte que daba hacia La Magdalena.

Luego allí se ubicaría un “asilo para mujeres arrepentidas”, según la amable expresión de Donaldo Bossa Herazo para referirse a prostitutas retiradas del oficio. Se le puso bajo el patrocinio de Santa María Magdalena, que por la tradición católica era la protectora de “mujeres pecadoras”. De ahí le vendría el nombre corto de la calle.

La cercanía al matadero y al caño de San Lázaro pudo haber marcado su dinámica colonial, como ocurrió con las cercanas calles Triputa

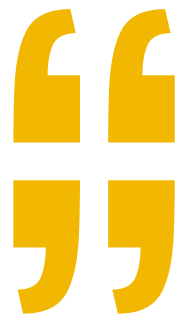
y Media, Tortugas y Maravillas, donde funcionaban talleres artesanales asociados al aprovechamiento del cuero y hasta los cuernos de las vacas. Sin embargo, a diferencia de aquellas calles, en La Magdalena no hay referencia de que haya habido pasajes donde se juntaban muchas familias en un solo solar.

Durante buena parte del siglo XX la Obra Pía fue sede de varios colegios: el Biffi, el bachillerato de la Universidad Femenina y el Colegio Central. Eso marcó los tiempos y las rutinas de la calle, con las constantes entradas y salidas de estudiantes. La calle era entonces ocupada por familias, en general una por casa, y poco comercio.

La última habitante de esas familias de antaño es doña **Elvia Díaz**. Tuvo por muchos años su mercería Mil Novedades en el edificio de la esquina que da al parque Centenario y donde los Ambrad tuvieron su laboratorio. Luego la mudo, hasta hoy, a un local en su casa, donde creció en medio

de muchachada. “Todo esto era familia. Era muy sano. Recuerdo la jugarreta con los otros niños hasta tarde”, dice sobre su infancia, sentada en su negocio, donde hay todo tipo de elementos para embellecer ropa de hogar y de vestir.

En las últimas décadas, por su posición tan central, la calle ha virado su perfil a una de diversos usos comerciales. Hay hoteles y alojamientos, restaurantes, tiendas, mercería y un bar. De entre ellos el comercio más antiguo es el Almacén Policolor, con unos treinta años en su actual ubicación. Desde afuera se ven materiales de pintura y construcción en general, pero tiene un sorpresivo segundo piso donde se consigue todo tipo de materiales y soluciones para hacer renovación y arreglos locativos y de vivienda. Su dueño, Amaury Valdelamar siempre está ahí, con la solución a la mano para el que llega a preguntar.



Durante buena parte del siglo XX la Obra Pía fue sede de varios colegios: el Biffi, el bachillerato de la Universidad Femenina y el Colegio Central. Eso marcó los tiempos y las rutinas de la calle, con las constantes entradas y salidas de estudiantes. La calle era entonces ocupada por familias, en general una por casa, y poco comercio.



- Stefano's Bistro (5) 675 24 49
- Vivió Joselito Basmagi. Full House La Dominica 301 600 17 14
- Hotel Casa Tere (5) 664 08 70
- Familia Mardiris. Hostal Real (5) 664 78 66 Cartacho Tours Agency 300 819 11 69 300 490 81 42
- Vivieron la señora Escamilla en el primer piso y en el segundo, de balcón, la familia Pombo. Tienda y terraza La Nueva Orquídea.
- Vivieron Anibal Zapateiro y, en otra época, Elvia Díaz. Hotel Casa Ébano 967 (5) 6445427 Casa della Pasta 318 689 96 11
- Vivió la familia Ramos. Salsamentaria El Ocañero de Jose del Carmen Forero. 318 405 14 60



- El Cabildo Gastrómar: 301 379 39 35
- Vivió la familia Pombo.
- Vivió la familia Bustos. El papá era un carpintero que por muchos años tuvo su taller en la calle Larga.
- Vivió doña Hortensia.
- Vivió la familia Olier.
- Entrada trasera a la Obra Pía, cuyo frente da a la calle de la Media Luna. Aquí funcionaron el colegio Biffi, el bachillerato de la Universidad Femenina y el Colegio Central.
- Pizza Pia 313 570 30 33
- Se planea la construcción de un nuevo hotel
- Almacén Mercería Mil Novedades 679 73 82
- Almacén Policolor de Amaury Valdelamar 300 537 51 81
- En la época del colegio Biffi este predio era un descampado donde parqueaban los buses escolares. La única construcción era la garita de los vigilantes. Por más de cuarenta años ha vivido la familia Díaz, formada por don Luis Felipe y doña Isabel. Elvia Díaz es hija de esta familia.
- Aquí vivieron la señora Esther y las hermanas Jiménez.
- Edificio Ambrad. Aquí funcionaron el laboratorio y la radiología de esta ilustre familia de profesionales de la salud.

NOTA: La información de sitios comerciales se tomó en medio del confinamiento por COVID 19. No todos estaban abiertos.

Fotografías: Harvin Lewis / José Caballero. Maxi Pro



CASA DELLA PASTA, ITALIA EN GETSEMANÍ

Mientras crecía en Emilia Romagna, región italiana conocida por su riqueza gastronómica, Ignazio Culicchia veía que cocinar en familia era como la vida misma. En vacaciones sus tías y sus familias dispersas por otras regiones se juntaban a compartir preparaciones y mesa. Esos sabores a Italia son los que se pueden probar todos los días en la calle de la Magdalena, en Getsemaní.

Con su esposa, Erika Batova, habían venido de vacaciones a Cartagena, al tiempo que acababan de decidir si iban a regresar a Europa tras unos años en Panamá, donde tenían un restaurante en sociedad. Ignazio volvió del viaje con una vaga intuición de que las cosas podrían funcionar acá. Regresó una semana, pero con mirada de negocios: quería saber si había buenos restaurantes italianos y los costos generales para montar uno como el que quería.

“Había muchos con nombre italiano, pero sin la comida ni el sabor originales. Pensé que esta

apuesta podía funcionar”, rememora Ignazio. Al regresar a Panamá, donde Erika se había quedado al frente de la liquidación de la sociedad, le propuso: —Vamos a probar—.

Aquí comenzaron en 2017, en Quintal, que agrupaba a varios restaurantes en El Pedregal, pero la propuesta solo funcionó unos meses. Al regresar de trabajar, Ignazio y Erika solían pasar por la calle de la Magdalena, que no les gustaba mucho para esa nueva locación en la que ya estaban pensando. Sin embargo, resultó que el dueño del hotel Casa Ébano había quedado encantado con la comida que les probó en Quintal. Les propuso instalarse en un local que tenía disponible a la entrada del hotel.

¿Por qué no?, se dijeron ambos y se pusieron manos a la obra. Ignazio es ingeniero hidráulico y tiene como lema que lo que otro hombre puede hacer con su manos, él también puede hacerlo. “Con voluntad se puede hacer todo, sin la voluntad queda muy difícil”. Así que comenzaron a concretar las ideas con una guía fundamental de inspiración: insertar en un contexto colonial español el estilo italiano contemporáneo, que no teme combinar lo antiguo con lo nuevo.

Pero el espacio, siendo encantador, no es el principal argumento. La comida, sí. La fórmula

es sencilla, pero muy difícil para quien no creció oliendo los aromas y aprendiendo los pequeños secretos con la abuela: una experiencia semejante a la que se comería en una reunión familiar en la bota itálica. Voces conocedoras coinciden en que el sabor de esta cocina es el mismo que se consigue al otro lado del Atlántico. El respeto por los ingredientes es fundamental. Se enorgullecen de sacar de las alacenas los productos importados con que preparan sus platos. Sin eso, piensan, no sería posible lograrlo.

El éxito fue inmediato. Abrieron en diciembre de 2017 y al tercer día el restaurante estaba lleno. Además de la comida les ayudó una buena temporada turística y un nombre simple y directo en lo que quería ofrecer. También los precios, que hoy rondan en los 35 mil pesos para un plato de pasta, que no se antoja excesivo dada la experiencia gastronómica y la escala de precios de otros restaurantes en la ciudad.

Casa della Pasta

Calle de la Magdalena. Hotel Casa Ébano.
318 689 96 11

DIRECTOR: José Luis Novoa S.
DISEÑO: Angélica Neira Hazime y equipo
EJECUTIVA DE CUENTA: Angie Becerra

Visítanos en: www.elgetsemanicense.com
Escríbenos a: elgetsemanicense@gmail.com



+57 317 7980837



@sanfranciscogetsemani



San Francisco Getsemaní



SABOR A MÍ



Una iniciativa de
con la realización del equipo de GUIDOULLOA

Edición 28. Enero de 2021
ISSN: 2665-2919